

Flirt

30 cts.

Núm. 8;

ISUAL RUIZ

De entre todas las revistas galantes hasta el día publicadas en España, FLIRT se destaca brillantemente por haber purificado las ligerezas de la literatura galante con el prestigio de sus colaboradores, los más altos prestigios de nuestra intelectualidad. Para avalorar aun más esta publicación y revestirla de toda la delicadeza, todo el interés y toda la gracia galante de las grandes publicaciones mundiales de este género, como La Vie Parisienne y otras, vamos para superarlas, a partir del presente número, a publicar esta Revista **a todo color**, sin aumentar su precio, aunque este modo de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa signifique, como el lector advertirá, un oneroso sacrificio, y, doblemente, cuando por prestar más distinción a nuestro semanario no insertamos ningún género de anuncios, única publicación en España que, por consideración a sus lectores, renuncia a este considerable ingreso.

Consecuentes en nuestro propósito de hacer de FLIRT, dentro de su carácter marcadamente galante, una revista excepcional, tanto por el primor y el lujo de su tirada en magnífico papel, a todo color, como por su colaboración selectísima y el interés y la gracia picante de sus dibujos y sus temas, le renovaremos constantemente, para prestarle un mayor interés y encanto.

FLIRT será, pues, siempre una gran cortesana, sin una arruga ni una cana, entre niña y mujer...



—¡Ay, chuchita! Como se decida el viejo, te regalo.

Dibujo de GARRÁN.



—No te dió pena irte de tu casa? ¿Que le dijiste a tu madre?
—La verdad... que me iba a entregar.

Dibujo de A. CASERO.



¡OJO, QUE VA DE MATUTE!

Dibujo de VITRUBIO.

—¡i...!!
EL DEL SEXO FEO. Cobijese leves instantes en la inspección la jovencita, que pue ser que acá la veamos algo más que el conejo...

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.—AÑO 15 PESETAS

CRISTOBAL DE CASTRO

ESTAMPAS GALANTES

LA RUBIA DEL PALCO

Solemnidad teatral. El teatro lleno y deslumbrante. Severos fraques. Aristocráticos descotes. Uniformes galanes y relucientes.

¿Cómo no está «la rubia del palco»? Ya la orquesta preludia un vals desfallecido. Por entre espaldas rubias, asoman viejos rostros libertinos. Hay un relumbrar de prismáticos iniciando el «flirt».

De pronto muévase la cortina. Una mano enguantada albea entre el carmín del terciopelo. Y enropada en su abrigo de chinchillas, alta, grave y pontifical, asoma «la rubia del palco».

Suntuosa, lánguida, altiva, tiene las tres coronas que forman la tiara galante. La del «boudoir», la del serrallo y la del trono. Es cortesana, favorita y reina. Sentada, la desnudez rubia de sus hombros, el desfado con que cruza sus finas piernas, la audacia sensual de sus mohínes, evoca el aire pérfido con que Liana de Pougy sonríe en el famoso lienzo de Antonio de la Gándara.

Otras veces, el gesto lánguido de sus brazos, abrazando el muslo, la divina fatiga de su cabeza echada atrás, el hastío con que adormila sus pintados ojos, recuerdan ciertas páginas de «Las desencantadas», de Loti.

Y otras, en fin, cuando su egregia gravedad yergue el busto opulento para atender al espectáculo, tal es la majestad de su apostura, que se diría una emperatriz presidiendo una función de honor.

¿Extranjera? ¿Española? Nadie lo sabe. ¿Soltera, casada, viuda? Lo ignoramos todos. ¿Honestas? ¿Aventurera? ¿Romántica? La soledad que a tantas abate, a ella parece enaltecerla, infundirla belleza y energías.

Los don Juanes la ven tan alta, como los Ciuttis. Contra su majestad se estrellan las audacias, como el oleaje contra las peñas. Se siente asaeteada por cien gemelos, comida de mil ojos, besada por millares de bocas. Y permanece erguida, inmutable, majestuosa, pontifical, como si el teatro fuese un rito y ella la gran sacerdotisa del Deseo.

Cristóbal de Castro



LOS SIGNOS CONMOVEDORES, POR RAFAEL CANSINOS-ASSENS

Me entenece enormemente pensar en los signos de reconocimiento por los cuales puede una mujer revelar su sexo: en primer lugar, la oreja taladrada, esa pobre oreja agujereada, traspasada como una mano culpable y, sin embargo, tan inocente. Luego, el velo empapado en sangre de una herida que dura casi tanto como su existencia; luego todavía, la gota de leche exprimible de sus senos, como una lágrima maravillosa que ha perdido toda su acritud; luego, finalmente, ese pobre vientre arruga-

do, sobre el que se han aplicado tantos ungüentos y cuyo atavío es una rosa deshojada... He aquí los signos por los cuales puede reconocerse a una mujer, aunque le hayan sido cercenadas las guedejas y puesto una máscara sobre su rostro, los signos inefables e inmarcesibles que, al través del velo más tupido, del muro más grueso, anuncian la presencia de un ser inocente y manso, sólo comparable con el cordero, que se anuncia por su cándido vellón...

EL HOMBRE QUE MATO LA SONRISA

Aquella confesión la recibí por escrito. Decía así:

«Yo me acuso, padre, de un crimen diabólico. ¡Oh, muy pequeño a los ojos de los hombres! El Código Penal lo castiga con la pena de arresto menor y lo incluye entre las lesiones leves.

Ese crimen produjo apenas unas gotas de sangre. No fué nada. Una heridita sutil, un rasguño casi imperceptible. Nada.

Y, sin embargo, fué el origen de una catástrofe, y su recuerdo me obsesiona. Vivo dolorosa y atormentadamente, temeroso del castigo de Dios, y—si no incurso en herejía al decirlo—de la cólera de los dioses. He matado la sonrisa, padre.

No quiero parecerle loco. Me explicaré. Yo fui, en ya lejanos tiempos, uno de los primeros amantes de una mujer encantadora, de las que en nuestro tiempo llaman «estrellas» y lucen sus gracias corporales en los tablados de los cafés-conciertos y los *music-halls*. Se llamaba Melibea. no sé porqué. Cuando yo la conocí tenía ya ese nombre de guerra, y con él se había presentado sin gran éxito, ante el público. Era un diamante por tallar. Yo tenía mis pretensiones de lapidario de mujeres. Había viajado un poco. Había conocido íntimamente algunas cómicas y cortesanas de fuste.

Tomé, pues, a Melibea con ánimo de formarla, de refinarla. No fué duro el trabajo. Melibea era una chiquilla admirable de gracia y de intuición. Además, bonita, muy bonita. Menuda de cuerpo, pero bien proporcionada, con unos ojos cálidos e insinuantes, una nariz perfecta y una boca... irresistible.

Padre: toda mujer tiene un encanto decisivo, un punto de atracción, una piedrecita-imán para la que son de acero los corazones de los hombres. Pueden ser los ojos, la tersura de la tez, la voz, el aire con que andan, el dibujo y el colorido de los labios. Puede ser hasta un defecto: una clase de estrabismo, el convergente, tiene un indiscutible poder de simpatía amorosa. Pueden ser las manos o las piernas. Pero, generalmente, el encanto no reside en una porción determinada del cuerpo, ni en un rasgo fisonómico, sino en algo más movedido, más flúido, más espiritual, en algo que se asoma, que brilla y se oscurece, que cambia y da mil aspectos a la mujer, como la luz del sol modifica el paisaje con sus degradaciones múltiples. Ese algo puede ser la voz y puede ser la mirada, pero es, sobre todo, la sonrisa. El encanto de Melibea residía en su sonrisa. No era una sonrisa enigmática como la que eternizó Leonardo. (¿Enigmática? Más bien irónica y, desde luego, intelectual.) Melibea no sonreía como la Gioconda, con los labios apretados y los ojos mirando hacia dentro. Melibea sonreía con los dientes. Era una sonrisa muy sensual y muy infantil. Una sonrisa fresca, apetitosa. Una sonrisa que incitaba al beso y—si me lo permite usted, padre—al mordisco. Una sonrisa de fresa.

Sus éxitos se debían a su sonrisa. Apenas cantaba. Pero, ¡sonreía tan bien! Tuvo, no amantes, porque su amante era yo, pero sí amigos de una noche, de varias noches, que la colmaban de billetes de banco, de pieles y de joyas.

Yo la quería frenéticamente, y sólo el miedo de perderla me hacía tolerar

sus traiciones. Mis celos habrían parecido absurdos. En la sociedad de gentes amorales en que vivíamos yo era lo que se llama en Francia un *amant de cœur*. Y no faltaba quien me creía algo peor.

En realidad, yo estaba perdidamente enamorado, y hubiese querido que Melibea abandonase su oficio de tonadillera y de *cocotte*. No podía ser. --Yo te quiero--me decía—. Tú me «hiciste». Me gustas y te admiro, pero no seas celoso, no seas niño. Déjame trabajar. Todavía no soy millonaria. ¡Gasto tanto con esta vida!

Yo decidí retirarla de aquella vida. Para conseguirlo era necesario que Melibea dejase de gustar. ¿Cómo impedir que gustase? Bastaba con destruir su encanto decisivo, su punto de atracción, su piedrecita-imán. El día que Melibea dejase de sonreír los hombres dejarían de desearla.

Cavilé varios meses. Una noche celebrábamos con una cena una reconciliación. Me había engañado en Berlín con un rajah, por una sarta de perlas. Estaba alegre. Era dichosa. Bebía sobre mis piernas, mezclando el Champaña con un vino del Rhin.

—¡Te adoro, te adoro!—me decía.

Y me buscaba los labios, para mordérmelos.

—¡Cuidado! Me haces daño. Estas borracha.

Arrojó la copa sobre la mesa y me dijo:

—Es verdad. Acuéstame.

La tendí sobre un sofá. Minutos después dormía. Y sobre sus labios, abillantada por la embriaguez, flotaba su sonrisa maravillosa, su fresca sonrisa de bacante. La idea del crimen diabólico me poseyó entonces. Con una arista de cristal, con un residuo de la copa hecha pedazos, yo podía destruir para siempre el encanto de Melibea. Yo la quería sin su sonrisa. Busqué tembloroso y decidido, la arista de cristal. Me aproximé a la durmiente. ¡Qué rojos tenía los labios! ¡Qué sonrisa de granada, de fresa, de todos los frutos color de sangre! Un amante cualquiera habría deshecho, con su boca voraz, aquella sonrisa. Pero yo era el amante despechado, celoso, vengativo, implacable... Busqué el sitio: en el labio superior, en la pulpa. Herí, sabiamente, suavemente, como un cirujano, y de tal forma que, al cicatrizar la herida, un leve plieguecillo del labio convertía la sonrisa en un esguince de dolor. Melibea había dejado de gustar. Yo, cobarde, le hice creer que se había herido a sí misma al romper la copa. Y para ahogar mis remordimientos me casé con ella. Fuimos furiosamente desgraciados. ¡También a mí me faltaba su sonrisa!

La pobre Melibea acaba de morir, padre, y yo me muero de dolor y de remordimiento. ¿Tiene remisión mi culpa? He pensado en la misericordia infinita. Necesito calma, necesito paz».

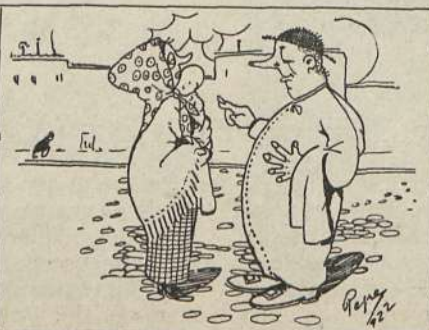
Le respondí a aquel extraño penitente:

«La sonrisa es el alma de la belleza. Es el reflejo de Dios en el semblante humano. Es la gracia. Has matado la sonrisa.

«No puedo perdonarte. Tu crimen es inicuo y es sacrilego y merece eterna condenación.»

No supe nada más de aquel hombre.

Y lo supongo en lo más profundo y obscuro del reino de Satán.



EL CURA. —¿De quién es este niño?
LA MUJER. —(Queriendo ser cumplida.) De usted y mío, señor cura.

Dibujo de PEPE.

Alberto Insua

LA MUJER Y LOS POETAS

GALERIA DE VERSOS PLATÓNICOS Y EROTICOS

COLOR DEL TIEMPO

*Hay en su gracia un tanto lacia
cierta enfermiza aristocracia
que al mundo le hace mucha gracia.*

*El cansancio de sus maneras
y el tinte azul de sus ojeras
—vago livor—no son de veras;*

*que todo en ella es artificio
y perversión a su servicio,
y ha hecho un oficio de su vicio.*

*Muñequita del siglo loco
en que lo sano sabe a poco
y el veneno suple al descoco,*

*es así porque a la menguada
época actual así la agrada:
frágil, menuda, delicada,*

*con su encanto de figulina
de Saxe, de Sèvres o de China
y su elegancia parisina.*

*Estos hechizos embusteros
gestionan a los banqueros,
hombres de presa y rastacueros,*

*cuya brama se despereza
ante cualquier delicadeza
que contraste con su rudeza,*

*persiguiendo lo decadente
para clavar en ello el diente
golosamente, ferozmente...*

*Y ella, que al fin y al cabo es lista,
no ignora cómo se conquista
a un parvenu o a un arribista.*

*Mas, a pesar de su apariencia,
va cruzando por la existencia
con un asomo de inocencia,*

*pues, aunque casi no se explica,
sólo es una buena chica
que aspira a verse amada y rica.*

Germán Gómez de la Mata



Dibujo de PERALS.



—¡Camarero! No vuelvo a este café, porque tienen ustedes muy mala leche.

Dibujo de GARRÁN.

J. PÉREZ ZÚÑIGA

¡CUIDADO CON PROPASARSE!

El suceso verdaderamente sensacional, objeto de las líneas que voy a tener el alto honor de ofrecer a mis píos lectores y a mis deseadas lectoras, no es un hecho nacido en mi calenturienta imaginación; no es un capricho de la exhuberante fantasía que el Altísimo depositó en mi cerebro cuando autorizó a mis padres para que me trajesen de París, como ocurre con todos los niños, o como por lo menos lo creían los parvulitos de antaño; porque los de hogaño salen del claustro universitario de su madre sabiendo a qué obedece aquella salida.

El asunto de esta sencilla narración está tomado de la realidad. El aludido episodio es efectivo: tuvo lugar en La Rinconada, que es un pueblo próximo a Sevilla, como puede comprobarse no sólo por sus habitantes o por sus visitantes, sino simplemente por los felices mortales que hayan cogido en sus manos una guía de los ferrocarriles y no se hayan vuelto locos antes de conseguir encontrar el itinerario de Madrid a la deliciosa capital andaluza, cuna de Murillo y de las yemas de San Leandro.

Consignado todo esto en descargo de mi conciencia, paso a relatar lo sucedido como Dios me dé a entender; todo será que los lectores lo encuentren poco interesante y me manden a freír espárragos, a escardar cebollinos o a tomar el fresco.

En una plaza de La Rinconada (que no es lo mismo que en una rinconada de la plaza) había sentado sus reales, para sacárselos después a los apreciables rincondenses (o arrinconados... o como sea), una pequeña compañía de titiriteros trashumantes, procedente de Bollullos del Condado, San Serení del Monte, Villapeluda de Abajo y otros puntos, y tan reducida en el número de sus componentes, que sólo constaba de un hércules, de Calatorao, su acrobática señora y un perro de aguas que parecía hijo de entrambos artistas.

Llegado el preciso momento de comenzar los ejercicios, y reunido en círculo y a toque de tambor un público, si no muy distinguido sí lo bastante numeroso para llenar media plaza, apareció en el centro de la misma, sobre una muy ajada y, por lo vieja, respetable alfombra, el émulo de Sansón (del Sansón anterior a la poda capilar, que le hizo perder las fuerzas y tomar la «Kola Astier»). Apareció, repito, cubierto con recosidas ma-

llas, en lo que él denominaba pista por darse pisto, y después de levantar a pulso unas enormes pesas, preparadas al efecto, y de hacer polvo entre sus dedos un arado de vertedera, lanzó un aullido estridente, que era la señal convenida para que su señora, oculta hasta entonces, tuviera la bondad de personarse sobre el tapiz; y así lo hizo la compañera del hércules, bella ciudadana que se exhibía en las pistas con el remoquete de «Miss Musletis», aunque siempre fué Robustiana López para sus paisanos, los de Palma del Río.

La miss de referencia era una desventurada mujer, aunque estaba formada de un modo estupendo, como podía observarse a través de las mallas color carne fresca que se ceñían rabiosamente a su tersa piel, provocando la envidia del ama del cura y de las demás mujeres de la localidad, así como el apetito de los honres y la curiosidad de todos los espectadores.

Presentarse la bien torneada miss en el centro de la plaza y ser levantada en alto con la mano izquierda del hércules como quien levanta un cangrejo de mar, fué cosa de un momento. Para el tío aquel no hay en el mundo nada pesado; ni las pesas, ni las mujeres. ¡Cuántas que para cualquiera son pesadísimas para él serían muy ligeras!...

Aquel pedazo de bárbaro jugaba con los setenta kilos de esposa que Dios le había deparado, lo mismo que si hubiera estado completamente hueca, o como si gastase unas entrañas de aluminio.

Terminado el ejercicio, que no podía menos de considerarse como un número de fuerza, el aplauso de los circunstantes fué nada menos que general. Hasta el perro de aguas de los artistas, o de los artistas de aguas, que había presenciado la faena sentado frente a sus amos, ladraba satisfecho y meneaba la cola con entusiasmo canino.

La pareja saludó reverentemente a la muchedumbre. El forzado sansón se retiró a descansar, sentándose en



—La he visto a usted venir tres veces por agua y las tres se subía usted las faldas para no mojarse.
—¡Gracias a Dios que se ha fijado usted!

Dibujo de MÁRQUEZ.

un próximo poyo de la Casa Consistorial, y miss Musletis procedió a la más importante de sus tareas: a echar un guante, y no de cabritilla, entre las apretadas filas de curiosos pueblerinos que se comían con los ojos las formas de la gentil pedigüeña, reprimiéndose con gran trabajo para no hartarla de lúbricos mordiscos.

Dos vueltas dió la hurí a la noria humana que formaba el circo, y con la sonrisa en la faz y una bolsa en la mano, fué recogiendo muchas monedas y no pocos requiebros de la complacida concurrencia.

Estos requiebros eran, por lo general, verdaderamente brutales, porque los simpáticos mozos de La Rinconada, que no son marmóreos, jamás habían contemplado de cerca una hembra tan sugestiva y provocadora como Miss Musletis. Pero realmente no pasaba de ahí la actitud pasiva de los concurrentes al espectáculo, casi todos respetuosos y prudentes a la fuerza; porque al fin y al cabo se hallaban de cuerpo presente en el circo las madres, las consortes o las novias de no pocos espectadores.

Surgió, sin embargo, de entre la multitud un atrevido joven que, poseído de disculpable, pero diabólico arrebató y libre de todo compromiso con las mozas del pueblo, no se pudo contener al ver junto a sí la escultural titiritera y decidió, sin vacilaciones, convencerse de que aquellas pantorrillas no eran de trapo, de que había molas tras las mallas, apoderándose momentáneamente de una de aquellas extremidades que, sin dejar de ser inferiores, eran superiores, y, a pesar del abucheo general y de las protestas (un tanto débiles, por cierto) de la interesada, hubo de tocarlas mientras el hércules tocaba el tambor.

No hubiera pasado de ahí la cosa si el tal hércules hubiera estado distraído en aquellos instantes; pero no lo estaba, desgraciadamente para el rústico tocador de señoras de La Rinconada, y arrojando con violencia el parche ante el parcheo referido, corrió a donde éste se comecía, se abalanzó como una fiera sobre el osado mocete, y a fuerza de puñetazos y patadas, le dejó convertido en unos reverendos zorros, en medio del griterío de aquel público indignado contra el sansón trashumante, que no fué linchado en el acto gracias a que la Guardia civil se lo llevó al domicilio del alcalde, de donde salió huyendo por una puerta completamente falsa, seguido de su hermosa compañera y de su acuático chucho.

El ruido de las bofetadas que el de la tocata recibió aun está repercutiendo en la fachacha de la Casa consistorial como el eco de un trueno tableteado.



—Yo ya comprendo que estoy en la edad de jugar solamente, pero aburro jugando.

Dibujo de MÁRQUEZ.

La víctima sólo tuvo alientos para preguntar al juez municipal, cuando por resentimientos particulares, oyó que salía éste a la defensa de la titiritera:

—¿Es usted su administraor?

A lo que contestó el juez con malos modos:

—Soy el craneo de la gallina, joven...—o una cosa parecida.

Seis días estuvo en cama el atrevido mancebo. Y excusado es decir que no vuelve a tocar más pantorrillas mientras Dios le tenga en este mundo.

¡Gracias que le queden fuerzas para rascarse las propias cuando le piquen!...

G. DE LA SERNA

LA MANO DE MÁRMOL.

Presidía su mesa de despacho, siempre sobre los papeles, una mano de mármol, mano preciosa en la que los dedos se doblaban sin formar arrugas, una mano delicada, de dedos bellos, como lo son las piernas bien nutridas a la par que ligeras.

Todo el mundo le preguntaba siempre por aquella mano y él respondía:

—¡Ah! Es una mano maravillosa, una mano inolvidable...

Se veía que no quería decir más y nadie le sacaba otra confidencia.

Todos los amigos habían tenido que hablar de aquella mano y habían comentado que no quisiera nunca contar su historia.

La mano guardando mármol en su hueco como un pozo de nieve tenía todo el tipo de las manos de verdad, de las manos que han existido, de las manos que aun existen.

Distraía todas las miradas, y en la conversación era el sitio en que coincidían las pausas.

Era subyugadora aquella mano, que, así suelta, parecía la mano arrancada al cadáver de mármol sobre la mesa de disección en que se disecan las estatuas de mármol.

¡Ah! Pero un día se complicó más el secreto muy humano de aquella mano, pues Jacobo Ferro, al entrar en el despacho que presidía la mano como una campanilla, dijo, dirigiéndose al dueño de la mano:

—¡Esa mano es de Margarita Moreras!...

—¡Sí, de ella!

Y los dos repitieron a coro:

—¡Maravillosa! ¡Inolvidable!

No pudimos sacarles más.



EL.—Esta noche cenaremos juntos, ¿verdad?

—No, chico... no. No quiero que me conozcan como soy... Ya sabes que me gusta guardar las formas.

Dibujo de MARTÍN ROYO.



En los tiempos de Nerón, la galantería era como un elixir estomacal. Un estímulo para la digestión!



En la Edad Media todos los caballeros eran de armas tomar... y las señoras también!



Aunque el Rey Sol acaba de descender de su carroza engalanada, nos consta que en cuestiones de amor iba muchas veces en berlina.



En el Japon tampoco perdian el tiempo. Si las japonesas engañaban a los japoneses como a unos chinos



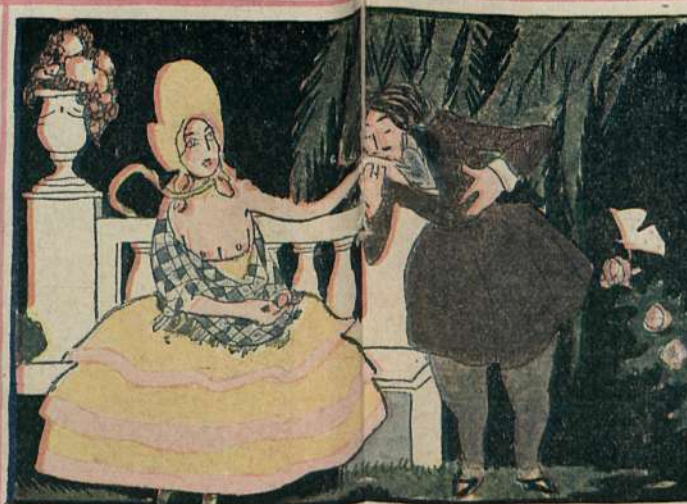
En la vieja España galante, según Ortega y Frias, había en la alta y baja Corte cada uno



"Eso" que entre los europeos se conoce por "hacer el primo", en Asia se le llama "hacer el indio"



En America, el amor es cubista, ultraista, futurista... todo menos "cachondista".



El Amor Romántico, ¡Ay! no volverá como las galondrinas de Bécquer.



He aquí el Amor Dinerista que tiene por emblema una horizontal, una copa de whisky y una ruleta

LA RUBIA COLECCIONISTA

Llevaba ya un mes preocupado. Era una mujer hábil que engañaba a su marido, joven... rico y enamorado de ella. ¿Por qué? Mosquera estaba dispuesto a averiguarlo.

Para él existía una razón incontrovertible en su lógica de cornudo: la rubia era una golfa. Como véis Mosquera era un sujeto sin matices psicológicos.

Salió aquella tarde dispuesto a trabajar con ardor. Se plantó enfrente de la casa. A la hora de costumbre la rubia apareció en el portal, muy guapa, muy elegante, muy perfumada.

Andaba a saltitos, mirando a todos los hombres rápidamente.

—¿Adónde se encaminará hoy?



ELLA.—Indudablemente usted debe de ser algo más que aficionado a la música.
—¿...?
—Porque estoy notando que toca usted muy bien.

Dibujo de MARTÍN ROYO.

En diez días la había visto acompañada por diez caballeros distintos.

Primero entraba en San Luis de donde salía con algún seguidor. Muy pronto entablaban un diálogo animado. Parecía una buscona y sin embargo era una señora casada y rica que no necesitaba la granjería de la aventura fortuita.

Era una mujer extraña.

Al anochecer tomaban un auto y se perdían a toda marcha. Mosquera quería seguirla y averiguar al detalle adónde se dirigía en el coche.

Lo razonable era sobornar al *chauffeur* o tomar otro vehículo parecido. Pero Mosquera quería deducir por cuenta propia.

Efectivamente la dama salió de la

iglesia... sola. Pero la mirada perspicaz del detective observó que un joven afeitado iba en su pos y que ella tornaba la cabeza con coquetería.

—Parece que se ha hecho más prudente. Muy pronto se emparejarán al llegar a una calle oscura.

En efecto, al llegar a la de la Abada el galán la abordó. Mosquera apretó el paso y se puso cerca de ellos.

La rubia parecía muy contenta.

—Le he conocido a usted por los retratos que publican los periódicos. Y francamente, no esperaba hacer conocimiento con usted en una iglesia.

El joven miraba receloso a todas partes.

—No tenga usted miedo—exclamó ella riendo—. Conmigo no corre usted peligro. Sígame usted.

Mosquera se preguntaba quién pudiera ser aquel elegante galán, cuyo retrato publicaban las gacetas. ¿Un tenor famoso? Su aspecto no era de eso.

Carecía de esa barbita en punta que tan graciosamente decora el rostro de los divos. ¿Un torero, o un actor acaso? ¿Tal vez un príncipe errante de los que la guerra ha dispersado por Europa? ¿Por qué tiene que temer?

Mosquera los sigue difícilmente, porque su vientre y sus piernas cortitas se lo impiden. En la calle del Carmen había un auto de alquiler.

—¡Eso es! Un solo auto. ¡Imposible seguirles! Ya estoy como todas las noches—gruñó el detective.

Se acercó a ver si podía escuchar la dirección. De repente tuvo una idea feliz. Dió la vuelta y mientras el *chauffeur* cerraba la portezuela, Mosquera se subió al pescante. Cuando el conductor ocupó su asiento, Mosquera le ofreció un billete de cien pesetas mientras apoyaba un dedo en los labios.

El mecánico lo comprendió todo. Cada uno de esos billetes azules posee una elocuencia ciceroniana.

—¿Adónde vamos?—preguntó bajito.

—A la Ciudad Lineal.

Cruzaron la ciudad.

El *chauffeur* le preguntó:

—¿Es usted el marido?

—No...

—Entonces será usted de la policía.

—Tampoco. Soy el famoso detective Mosquera.

El mecánico abrió la boca con admiración y tan emocionado se puso que torció el volante y estuvo a pun-



LA CABEZA DE JABALI

—Esta cabeza no me gusta
—Abajo tengo otra; si usted quiere se la puedo enseñar.

Dibujo de E. B. H.

to de meterse en un kiosco de periódicos.

—¡Usted es Mosquera! ¡Qué casualidad! Esta noche pensaba yo ir a su casa.

—¿Es que le sucede a usted algo?

—¡Una cosa horrible, señor Mosquera! Yo sé que usted es un lince, pero este caso es peliagudo.

—¡Hable usted pronto!

—Yo soy casado...

—Es una desgracia.

—Sí. Y de las más negras. Y he tenido un hijo...

—Natural.

—No, señor, legítimo. Ya le he dicho que soy casado.

—Adelante.

Emilio Carrere.

(Continuará.)



EN EL RESTAURANT

—La mère, el perro y yo las almejas; la niña pollo.

Dibujo de E. B. H.

ALVARO RETANA

MENEGILDA, SIRVIENTE DE UN SEÑOR SOLO, FEO Y SENTIMENTAL

Mis diez y ocho abriles los cumplí en casa de un solterón feo y sentimental, que se me hizo insoportable cuando empezó a sentirse Romeo, confundiéndome con Julieta.

Cuatro meses de permanencia en casa de mi señorita la «cocotte»—de la cual me ví precisada a separarme porque ella trasladaba su residencia a Barcelona y yo no quería abandonar la corte—, me habían afinado, suavizado y pulido, hasta el extremo de que sólo me faltaba un sombrero de plumas para competir con la dama más elegante, y mi nuevo señor, deslumbrado por la sensual magnificencia de mis senos y la maciza y retardadora pompa de las caderas, intentó «dejarse caer» en la creencia de que iba a fascinarme con su poderío.

El señor, que ya no cumpliría los

baba yo de parecerles irreprochable; pero contenían su sorda irritación seguros de que al fin la seriedad de su señor y la vigilancia de ellos, haría fracasar mis tentaciones de Eva sugestiva y anarquizante.

El señor vivía de sus rentas, y su tacañería le había impedido siempre formalizar una *entente cordiale* con una mujer. Tampoco tenía amigos y careciendo de queridas, su existencia tenía que transcurrir monótona y agobiante. No salía apenas de casa y su única distracción era devorar volúmenes de una biblioteca formada únicamente con obras eróticas. Sus autores favoritos eran aquellos que más fama han conquistado abordando el tema amoroso y desde Petronio, Boccacio, el abate Bratôme, Marcial, el Aretino, el Arcipreste de Hita,



cincuenta, tenía más conchas que un galápago y conocía el arte de interesar el corazón de una doméstica; pero le faltaban agallas para recurrir al procedimiento infalible. Toda su fealdad inédita se le hubiera podido perdonar en gracia a una simpática esplendidez; pero el maldito que vivía en una casa regia, era tacaño como no es posible dar idea y antes se hubiera dejado lapidar en la Puerta del Sol, que arriesgarse a hacerme un regalo.

Tenia a su servicio un matrimonio desde hacía veinte años; pero tanto la mujer como el marido se encontraban aviejados y torpes y el señor, dando pruebas de un altruismo insospechable en él, había determinado tomar una doncella que descargase de trabajo al matrimonio.

A aquel par de vejestorios no aca-

allí no faltaba ningún escritor pornográfico o que hubiese escrito una sola página erótica.

El señor se acomodaba en invierno cerca de la chimenea y en verano en la galería de cristales que daba al jardín, y se pasaba horas y horas leyendo novelas libertinas, que lejos de agostarle parecían prestarle bríos.

Cada vez que yo le entraba el desayuno a la alcoba o le servía la comida en un extremo del hall, el señor se daba un banquete *saboreándose* con los ojos. Yo había descubierto aquella pasión secreta que le hacía contemplarme con glotonería, y al cruzarse conmigo por los pasillos estremecerse convulsivamente como si me estuviera forzando; pero no me daba por enterada y disfrutaba de un goce perverso avivando aquel fuego que no me hallaba dispuesta a sofo-

car. Un día, el señor que solía conversar afablemente conmigo y aprovechaba todas las ocasiones para rendir homenaje a mi pujante juventud, se lamentó de su implacable soledad y reconoció lo necesitado que estaba de una mujercita bella y comprensiva que contribuyese a amenizar los últimos años de su vida. El era un hombre rico, sin familia, que sabría hacer feliz a una joven amable y discreta, y sin embargo veíase cruelmente condenado por el destino a vivir en perpetuo aislamiento sin otro consuelo que el de sus libros.

Yo a esto le contesté que era verdaderamente lamentable su situación, pero no desesperada. Me permití recomendarle que saliera más de casa, que fijara su atención en alguna de las muchas jóvenes hermosas que seguramente se ofrecerían a su paso y, que dada la brillante posición en que se encontraba, la mejor manera de cautivar a una mujer era obsequiándola. La ética aspirada en la última casa en que había servido, me animó a indicarle a mi señor que *dádivas quebrantan peñas*, y por cortesía añadí que la criatura más honesta y endurecida del mundo, se torna liviana y gelatinosa ante la perspectiva de un billete de Banco. Pero el señor, marrullero y sentimental, replicó que él no aspiraba a comprar a una mujer como si se tratase de una mercancía, sino que pretendía interesar su corazón, tener la convicción de que le amaban lealmente, para luego soltar el grifo de su generosidad.

Yo no me atreví a participarle que cuando se tenían cincuenta años y una cara tan fea como la suya, no era sensato aspirar a ser amado por sí mismo: y opté por evacuar discretamente dirigiéndole una mirada equivalente al *Lasciate ogni spe anza*.

El secreto de que mi señorito viviera plácidamente sin recurrir al elemento femenino, es que había descubierto en él mismo el recurso de una voluptuosidad, no por estéril, menos agradable. El señor, después de sus excitantes lecturas, entrábase en su dormitorio y entregábase a una serie de manejos, que tendían a un final enloquecedor. El, sin intervenciones ajenas, bastábase para satisfacerse sensualmente y como en su imaginación había instalado un harén de bellísimas odaliscas que diariamente acudían a saciarle de voluptuosidad gratuitamente, no acababa de aceptar la hipótesis de que *una* siquiera— aunque esa *una* fuera yo—le costase el dinero.

Y mientras el señor se conformó con dedicarme sus suplicantes miradas de carnero a medio morir, todo marchó como una seda; pero cuando ya se aventuró a exteriorizar sin disimulos aquel anhelo que según él *le consumía*, yo me envolví, como Salomé, en los siete velos de mi dignidad para rechazar altiva unas pretensiones que me ofendían, por no venir presentadas en regla —o séase, acompañadas de algún regalo— y él, entonces, contrariado, me declaró una elegante hostilidad, que autorizó al matrimonio viejo a vejarme, como si efectivamente yo hubiese cometido una ignominia rechazando al señor.

Una noche a poco de acostarme, me pareció oír pisadas como de alguien que se acercase con sigilo a la puerta de mi alcoba, y en seguida escuché claramente un ruido rarísimo:



—Pero Fifi... ¿tú sabes qué siestas te tiras?
—¿Sí?... Pues no te creas, que no es ningún consuelo.

Dibujo de MARTÍN ROYO.

algo así como el traqueteo de una máquina de coser «muy lejana» alternando con unos suspiros que hubiesen ablandado piedras. Indudablemente, *alguien* se había detenido ante mi puerta para efectuar algo, que lo mismo podían ser las manipulaciones de boudoir del señorito que una imitación de la agonía de una máquina Singer. Intrigada y valiente salté del lecho, encendí la luz y abrí la puerta; pero a pesar de la rapidez con que procedí, cuando me asomé al pasillo no ví a nadie, y todavía, a pesar del tiempo transcurrido, no he logrado adivinar si la persona que permaneció ante la puerta de mi alcoba, fué el señor o el criado y menos aún qué es lo que hacía...

Alvaro Retana

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE, POR

DIEGO SAN JOSE

LA BARRAGANIA

Notable y difícil debió ser el vivir placentero en la Edad Media, cuando los pecados capitales parecían andar con más libertad que al tiempo de ahora, porque entonces no se habían metido tanto las leyes a reglamentar los capítulos del vivir. Sólo parecían haber tomado su misión con todo rigor con las infelices coimas y tusonas que vivían de la rijosidad de los ciudadanos.

El pueblo, esclavo de la nobleza y siempre hambriento, vivía sujeto a la *gleba*, siendo un objeto más de la propiedad de los señores. Cuando aquel era forzado a partir a campaña, éstos se hacían cargo de las mujeres e hijas de sus siervos, constituyendo todo el amparo que les ofrecían el hacerlas sus concubinas.

Y no era mucho que así fuese, cuando la Iglesia, que por sus

cuantiosos bienes privaba como el más poderoso señor feudal, usaba el mismo procedimiento con sus colonos cuando partían a Tierra Santa a conquistar el cuerpo de aquel que aprobó los mandamientos que Moisés recibió en el monte Sinaí y mandó respetar la mujer del prójimo. Las desdichadas que pasaban a satisfacer la lujuria clerical llamáronse *barraganas*, y tanto la víctima del señor como la del fraile, una vez que dejaban satisfechos a sus amos, que daban abandonadas a la prostitución.

El abandono en que estas infelices quedaban produjeron una clase especial de ramerías andariegas que iban en pos de los ejércitos.

Como fueron prohibidas las mancebías públicas, se recurrió a fundar mansiones clandestinas al amparo de aquellos mismos que habían hecho las *barraganas*

para su uso placentero. Estas manflas constituíanse como verdaderas casas de religión, y llamábanse *monasterios*.

Las celestinas que estaban al frente usaban los nombres jerárquicos de los verdaderos conventos: *abadesas*, *comendadoras*, *torneras*... Al fin y al cabo ello no dejaba de ser una sátira contra la depravada vida del clero.

A tales *monasterios* asistían de tapadillo mujeres de toda clase y condición, y había, como en las fundaciones piadosas, sus patronatos y sostenedores, que solían ser gente de la primera nobleza.

Alguna vez la justicia descubría estos tugurios y echando mano de la más cruel moralidad, prendía a cuantas buenas mozas hallaba.

Las *hermanas* (rameras de profesión) sufrían la pena de cincuenta azotes por la primera vez, ciento por la segunda, y si tornaban a reincidir, la mano del verdugo las mutilaba por do más pecado habían.

La casa era confiscada y vendidos sus muebles y enseres en pública subasta.

Otros escondites del placer, a tanto la hora, eran las tabernas y las posadas, donde sabiendo lo que había, lo mismo acudían el noble que el villano, y muchas veces aconteció que toda esta carne del pecado fueron honradas esposas y castas hermanas que corrompieron el feudalismo y la Iglesia.



Diego San José

LA ESCALERA DE LA CASA DE ELLA

Una doncellita.—(Que descende.) ¡Ah!
El señor.—(Que subía.) ¡Rosita! ¿Qué ocurre? ¿Por qué te asombra mi presencia? Como todos los días...

La doncellita.—Sí, sí señor... Perdón el señor...

El señor.—Te has puesto pálida.

La doncellita.—No, no señor... Bajaba tan aprisa...

El señor.—Bueno, bien, hasta luego.

La doncellita.—(Interceptándole el paso.) ¡Señor!...

El señor.—¿Qué hay?

La doncellita.—Verá el señor... No quisiera... Pero ¿y si sube usted?... ¡Ay, Dios mío!

El señor.—(Apartándola las manos de la cara.) ¡Qué! ¿Pasa algo? ¿Está enferma la señorita? ¿Dónde ibas?

La doncellita.—Por cigarrillos...

¡Ay!... Ya lo he dicho... No, n
 me haga usted caso. Estoy tras-
 tornada. Iba por... La señorita
 me ha encargado... (Silencio.
 El señor, abatido, se sienta en
 el banco del descansillo.)

El señor.—Mira, vete Ya
 no subo. Me esperas en los jar-
 dinillos. Dentro de un momento
 irá a buscarte. ¿Me lo contarás
 todo, verdad? Toma... Vamos,
 no seas tonta. (Le da dinero.)
 Anda... En los jardinillos. Yo
 voy en seguida. ¡Anda, mujer!

(La doncellita baja la escalera len-
 tamente. El señor se entrega a las si-
 guientes ocupaciones: después de
 sentarse otra vez en el banco, traza
 con el bastón infinidad de arabescos
 entre las barras de la barandilla; sus-
 pira; se asoma al hueco de la escale-
 ra y mira dos o tres veces hacia arri-
 ba; va a subir, pisa un escalón y se
 vuelve; por fin echa hacia abajo,
 aprisa.)

La portera.—Buenas tardes, se-
 ñor. Antes no le ví subir, por eso no
 le he evitado al señor la molestia. La
 señorita no está en casa. Ya se lo ha-
 brá dicho Rosita.

El señor.—(Sonriendo con amargura.)
 Sí, volveré.

La portera.—¡Ay! (Suspiro de portera.)

El señor.—¿Cómo?...
La portera.—No es nada, señorito... Es que una...

La verdad, ciertas cosas... Si una quisiera...

El señor.—(Cortando la conversación.) Sí, sí, hasta
 luego. (Sólo.) Es natural que todo esto haya sucedido.
 Yo ya tengo sesenta y dos años. Pepita tendrá ahora...
 tendrá ahora... ¿Cuándo la regalé la sortija de la per-
 la?... Hace tres meses... Sí, tendrá ahora veinticinco
 años y tres meses... Es natural, es natural, pero...

LOS JARDINILLOS

La doncellita.—No crea el señor que yo soy una
 charlatana. ¡Si se enterase la señorita! Ella que me dice

siempre: Rosita, tengo tanta confianza en ti como si fue-
 ses de mi familia. ¡Pero el señor es tan bueno!... No, no
 merece el señor que se porten mal con él. Desde el pri-
 mer día lo pensé: Esto no va a traer más que disgustos.
 ¡Tan bien como estábamos todos! Pero yo lo comprendo,
 no se puede remediar... Sí, señor, es un chico joven.
 Veinte años o por ahí tendrá ahora... Buen tipo, un po-
 quitito bajo, ¿sabe usted? No está mal. Pero la verdad
 yo para mí... No se le envidio, bien lo sabe Dios. Yo no
 sé lo que le encuentra la señorita. ¡Y un hortera! Porque
 es un hortera, ¿sabe usted? De una tienda de mala muer-
 te de ahí, de la calle de Toledo. ¿Se acuerda el señor del
 baile de máscaras, cuando el señor fué con ella dis-
 frazado de dominó y tuve que coserle la capucha
 para que no se le viera la barba? Pues en-
 tonces. La señorita tenía que comprarse un

pañuelo para la cabeza, y no los ha-
 bía en las tiendas buenas, claro. Co-
 gimos el auto y nos fuimos a la
 calle de Toledo, casi casi al fi-
 nal. Conque va la señorita y
 me dice al salir: —¿Has visto
 qué chico tan guapo?—¿Cuál?
 la dije yo. Y ella: —El que qui-
 taba las blusas de la calle. Era
 anochecido; yo creí que por eso
 no se había fijado bien. Porque
 era un chico como otro cual-
 quiera, vestido de pana y con cada
 sabañón... Pues mire usted por don-
 de... Es que hay cosas que parecen
 milagros.

El señor.—¡Ah, es pobre!

La doncellita.—¡Cualquiera lo di-
 ría ahora! Va muy bien vestido y
 gasta lo mismo que un marqués. Ya
 ve usted, hasta fuma de ese tabaco
 que huele a higos.

El señor.—¿Y cómo ha sido esa
 transformación?

La doncellita.—Ya... ya se lo
 puede figurar el señor. ¿Qué le voy
 a decir yo que el señor no adivine?

La señorita fué por la tienda unas
 cuantas veces, hasta que el chico abrió
 los ojos y la enganchó. Yo no sé bien lo
 que habrá pasado. Pero el caso es que
 él ya no va al comercio y triunfa que para
 qué.

El señor.—¡Ah!... ¡Magnífico!

La doncellita.—A casa es la cuarta o quinta vez
 que viene...

El señor.—No, nada más. Gracias. Toma, toma. (Le
 da más dinero.) Vete por los cigarrillos. Yo me marchó.
 Hasta mañana. Hasta mañana a las cinco. (Se va.)

EN CASA DE ELLA

El señor.—¡Me hace gracia! ¿Pero de verdad no sabes
 lo que es un Don Lindo?

Ella.—¿Quién me va a haber enseñado a mí eso?

El señor.—¡Mujer, si lo viste ayer en la comedia!
 ¿No te acuerdas ya?

Ella.—Me aburría...

El señor.—No te entra el teatro clásico. Pues un Don Lindo es un muchacho de buen talle, vestido con elegante petulancia, gentil, con apenas bozo sobre el labio; tiene los colores de la primera juventud y el fuego ruboroso de los deseos primeros; se admira a sí mismo y se ofrece a la vista como se ofrecería un pájaro si tuviese conciencia de lo bello de su plumaje; aprende todas las ciencias mayores: saludar con amaneramiento, llevar el detalle, ese detalle que da personalidad al traje y le quita la idea de figurín, componer versos, fingir melancolía, jugar con el bastón y con el cigarrillo, la esgrima de la sonrisa, fiesta de insinuación con los labios, a fondo, con la sonrisa de los ojos, parada de desdén ocultando todas las sonrisas del rostro, al volver la cabeza; sabe, además, elogiar un tocado de mujer, elegir un fox, enviar un palco. —¡Qué muchacho tan interesante! ¡Qué necio! He aquí lo que dicen de él las mujeres jóvenes y las mujeres viejas. El, sabiendo que todas las miradas se le clavan como en un radiante acerico, aparenta no ver a persona alguna al quitarse los guantes en el te-baile. Poco literario, no usa monóculo; algo deportivo, a veces juega al tennis, sin entender mucho, pero pronunciando su terminología en inglés. En fin, Don Lindo, que suele ser abogado, hijo de un personaje y simpático, tiene una querida y una novia. La querida lo es de otro, pero mujer muy conocida. La novia es fea, pero rica.

Ella.—Entonces un chico guapo y «mono» que engaña a un... (Se echa a reír.) ¿Eso es un Don Lindo?

El señor.—No creas que es tan fácil serlo. Se necesitan muchas condiciones.

Ella.—¡Me hace gracia! ¡Don Lindo! ¡Don Lindo! (Se ríe.) Oye, ¿y todos se casan con ricas?

El señor.—Sí. ¿Son ellas mejores? Cada oveja con su pareja.

Ella.—¡Y por qué no se casan con sus queridas cuando las dejan los otros?

El señor.—Para eso se necesitaría que ellos fuesen pobres.

Ella.—¡Ah!

El señor.—¿Qué?

Ella.—Nada. Sigue.

El señor.—No, si no tengo nada que decir.

Ella.—No me parece bien. Es injusto. ¡Hay que ver lo que sois los hombres! Al principio, por conseguir lo que queréis, seríais capaces de todo, de matar y de mataros. Y luego, cuando se os pasa el capricho, ahí te quedas, mundo amargo. Como si todo se acabase con el deseo [cochinos! en cuanto os saciais. ¿Es que una mujer es un guñapo? Claro que tenéis razón, porque nos vendemos. Pero hay veces que no, y aunque fuera así nosotras no tenemos la culpa. Es muy dura la vida. Y tan canalla es venderse como comprarnos. Pero no se trata de eso. Me refería a lo que has dicho antes. Llega Don Lindo o Don Precioso, estás tan ricamente, casada o como si lo estuvieras, unas lagrimitas, un momento en que pierdes la cabeza, la juventud que pide lo suyo, lo que sea y te comprometes, lo arriesgas todo y ¡a disfrutar! Y en cuanto te pones fea o el señorito encuentra otra, pobre o rica, se acabó. Pues no debía ser. (Co'érica.) ¡Reirse así de una!

El señor.—¡Pepita!

(Pepita se acerca al balcón y mira a la calle. Golpea con el pie el pavimento encerado.)

El señor.—Vamos, Pepita. ¿A tí qué te importa? Ya sabes que yo no soy de esos; ni tú estás tampoco en tal situación. Esos son los muchachos. Cosa muy natural. La juventud es veleidosa, engreída, se cree que todo se lo merece. ¿Quién nos mete a nosotros a preocuparnos? Ya sabes que mientras yo viva... y aun después. Nunca te faltará nada... pase lo que pase...

(Ella se vuelve. Es alta, delgada, de movimientos blandos. Los brazos, elevándose paralelos se enlazan a la cabeza del señor, rodeándola. El señor la abraza con dulzura y hunde sus labios en el lecho jugoso y húmedo de los labios de ella, carnosos, pulposos.)

El señor.—(Desasiéndose.) ¡Chist! ¡Quietecita! ¡Ay! En fin... Me marchó... ¡Qué lástima!

(Ella le acompaña. Atraviesan la salita Luis XV, el pasillo Imperio, muebles de almacén de lujo.)

El señor.—Me voy preocupado. Volveremos a hablar. Hay que resolverte el problema.

Ella.—¡Barba Azul! (Le acaricia la barba.) ¿A dónde irás tú? ¿A engañarme con otra! ¡Granuja! ¡Presumido! (Otras vulgaridades de profesional, hasta que el señor desaparece.)

UNA SALA DE UN CASINO.—DENTRO DE LA SALA UN BUTACÓN Y DENTRO DEL BUTACÓN EL SEÑOR

El señor.—Ya lo sabe todo Madrid. Mi querida me la pega. Como yo tengo fama de inteligente, todos creían que lo que me faltase de juventud lo supliría con ingenio. ¡Qué equivocados! Hay cosas que nadie puede sustituirlas. Aunque Pepita me ha sido fiel demasiado tiempo para nuestra situación; dos años, lo menos. Sí, en efecto, el talento sirve para algo. Sirvió en este caso para entretenerla, hasta que ya no fué humanamente posible, hasta que se encontró con el joven... es natural. Ahora debe servirme para arreglar bien el asunto... le temo al ridículo... ¡Cornudo!... Veamos. ¿Qué es lo que siente el cornudo? ¿En qué consiste su sentimiento? Tiene a la mujer, luego no es dolor de no poseer; la engaña casi siempre y muchas veces no la quiere, luego no es dolor de amor; tampoco pérdida de valoración social, porque muchos se encumbran por eso y otros, como yo, no soy ridiculizado por la esposa. ¡Que farsa! Se ha sostenido una farsa con esto del engaño amoroso. La farsa pasional. Sólo un apasionado puede alegar dolor agudo, dolor de alma, la desgarradura de dos cosas unidas que se desgajan una de otra. Los demás no tenemos en este caso más que humillación. Si el cornudo es el hombre que siente la superioridad de otro (Pausa.) ¿es que yo soy inferior a ese hortera de la calle de Toledo? ¡Inteligencia, inteligencia! (Se hunde aun más en el butacón—coge un librito primoroso y lee en alta voz.) «¡Qué triste es el canto de esa cigarra que vibra allá abajo! El insecto, empapado en rocío, no puede volar y canta. Así mi alma, pesada por la pena, es incapaz de elevarse hasta las regiones a las que no llegan las flechas de la perfidia». (Arroja el libro.) ¡Sentimentalismo! Contra sentimentalismo, inteligencia. Desgraciadamente me es indispensable esa mujer para vivir. Necesito su piel, su voz, verla, acariciarla, protegerla. Último refugio, último destello... ¡Bah! Planteemos la cosa fríamente, como un problema. Algo así hacen los dramaturgos. Una muchacha ligada a un viejo, que quiere a un joven. Los dos chicos son libres. (Se le ocurre una idea.) ¡Ah! Maravilloso. En efecto esto del engaño amoroso tiene importancia, porque se la da la gente. Es una cuestión de vida social. Yo estoy en ridículo porque me pone los cuernos un joven. Pero si yo se los pusiera a él... ¡Oh inteligencia!

EXPLICACIÓN DEL FINAL

El señor, sutil retórico, ha conseguido que Pepita y su Don Lindo, se casen. Eso le ha costado bastante dinero. (El necesario para ofuscar al muchacho.) Pero todo va bien. El señor sube a sus horas a casa de Pepita, con la complicidad de la doncella y de la portera. Don Lindo tiene—inclusive—otras amantes. Todos nadan en la felicidad y bogan en la opulencia. En el casino ha crecido la admiración por el señor, al que llaman el «contracornudo».

Tomás Borrás

(Continuación.)

desde que empezaron aquellas entrevistas había llegado antes la dama que el galán.

Ello fué motivo para una regular bronca que Angustias armó a su amante.

Hacía ya tiempo que, entre ambos, habían empezado las peloterías. Ella, como mujer apasionada que era, tenía muy mala lengua, y por nada le apostrofaba con un epíteto infamante, que al coronel no le sonaba del todo bien.

—¡....! —le decía al menor pretexto.

Por lo visto, acostumbrada a llamárselo a todas horas a su marido, se le venía al instante a la boca la palabra.

—Si yo soy ¡qué será tu esposo, hija mía! —replicaba siempre él, lleno de unción.

Y aquella solía ser la señal de la batalla.

—Mi marido es mucho más decente que tú y que toda tu casta.

—¡Decente!

—¡Pues claro! O ¿qué te crees? ¿Que porque él aguante... lo que aguanta, no me quiere?

—Yo no digo nada.

—¡Pobrecito mío! Y yo también le quiero. Mi cuerpo, mi podrá ser para tí o para cualquier otro que lo pague...

Al llegar aquí, Lanzarote dió un balido.

—Pero mi corazón, mi cariño, es para él y sólo para él.

—¡Ja, ja! Hay cariños que matan.

—¡Qué sabes tú!

—Mira, niña, ¿sabes lo que te digo?

—Alguna menez.

—Que a mí, tu marido y tú me

—¡Y una flauta!

—Ni más ni menos.

—Bueno, pues tú en cambio, a él se

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque no tiene.

—¿Sí, verdad? ¿Quién te ha engañado?

En la tarde de hoy, después de este florilegio, que soía ser el patrón obligado de todas sus disputas, Angustias llegó a pegar al coronel. Al principio no fué más que una bofetada, no muy fuerte, que él acogió con ese gesto con que se acogen de ordinario las bofetadas, y que consiste en llevarse la mano al carrillo para ver si está todavía en su sitio; pero tras la bofetada vino el empujón violento, y, tras éste, la briosa patada en los mismísimos, que el agredido, con un quiebro oportuno, impidió que diese de lleno en el sitio a que iba dirigida. Hubiera podido ser caso de muerte.

Lanzarote no respondía nada de obra a todas aquellas caricias: limitábase a huir por la estancia, pero con una huida algo tímida. Se diría que le agradaba aquel nuevo sistema de cariño que su querida acababa de inventar, y que su poco fuerte en sus rebeldías, cobraba vigor nuevo con aquella especie de sinapismos manuales que Angustias aplicaba con tanto arte.

Entre esto de los palos, que desde el día de hoy se convirtieron casi en operación diaria, y los temores a ser descubierto por el general Ballesta, los amores de Lanzarote empezaron a tomar un cariz temeroso, y un aspecto de cosa angustiada, que le iba muy bien a la médula y a la del galán.

Acudía éste a sus entrevistas todas las tardes con el mismo temblor anhelante con que iba a cometer una es-

tafa o a una cita para planear un timo; aguardaba la sorpresa de los esbirros de Ballesta, o la patada en los de Angustias, más fuerte que de ordinario, y que, por lo mismo, podía dejarle de clases pasivas para toda la vida.

Y nunca gozaba tanto en sus transportes amorosos como en esas tardes en que llegaba a ellos a través de una serie de agonías y temores.

El fenómeno, después de todo, no tiene mucho de particular.

Pasaba el tiempo y la situación no variaba.

A Lanzarote no le cabía ya duda de que el general no sabía nada de sus picardías; no era posible que, de saber algo, le dejase disfrutar de ellas en paz, durante tanto tiempo.

Angustias, la muy de Angustias, convertida en una fiera, en todos los sentidos de la palabra, iba influyendo ya con sus caricias en lo físico y en lo moral de Lanzarote, de un modo indudable.

En lo físico, el coronel se quedaba cada día un poco más delgado, y perdía a ojos vistas aquella marcial gallardía que hasta entonces había conservado, y que tanto lucía en las capillas públicas y en las recepciones de diplomáticos extranjeros. Andaba patizambo, como si padeciese una formidable y no pudiese a causa de ella juntar las piernas.

Y en lo moral, aquellas relaciones que habían comenzado por la de una mujer que quiere lograr un favor para su marido sea como sea, habíanse ido transformando poco a poco en un dominio de la hembra, que, teniendo verdaderamente agarrado al macho por daba de él unos tirones muy fuertes, llevándole así donde quería.

Después del traslado a Madrid, consiguió que el capitán fuese encajado en una oficina muy cómoda, para que el pobrecito no tuviese que soportar más trabajos que los que descargaba sobre su cabeza en forma de su buena mujer. Más tarde, logró para él una gratificación pingüe, como agregado a no sé qué comisión, y por fin, cuando ya el esposo estaba nutrido de todo lo que se le podía agenciar por ahora, empezó Angustias a trabajar para su propia persona.

Los regalos, las cantidades, insidiosamente pedidas, pero ansiosamente tomadas, hacían casi a diario una nueva mella en el bolsillo del coronel, que, mientras se sangraba materialmente por el conducto de, lo hacía también por el bolsillo de modo apenas interrumpido.

Claro que la hembra rubia procuraba pagar con creces todas aquellas dádivas: fingiéndose cada vez más apasionada—en el fondo era mucho más fría que un frigorífico—había terminado por conceder a su amante todo su cuerpo, sin guardar ningún rincón libre de inspecciones. Y, renunciando a sus cursis remilgos de los primeros días, remilgos de mujer casada que se entrega haciendo un verdadero sacrificio, había llegado hasta a obsequiar a Lanzarote con una espléndida que puso muy alto su renombre de vampira.

Y ¡cómo relinchaba el bueno del coronel, mientras, en decúbito supino, en la misma posición que suelen ocupar los muertos por la Patria en el campo de batalla, la dejaba hacer a ella a su sabor!

Cobróle el hombre tanta afición a la cosa, que ya, a a más de exigir la casi a diario, no gustaba apenas

Joaquín Belda

(Continuará.)

LA NATURALEZA HA DADO PIERNAS A LAS MUJERES...



...PARA HACER ANDAR DE CABEZA A LOS HOMBRES

(De LA VIE PARISIENNE).